

su lado, á pesar de los esfuerzos de Francia para atraérselos, porque apenas podían esperar que recibirían de otro Señor alguno de Milán los sueldos que se les habían asegurado (1). Mucho más difícil era obtener apoyo de parte del Papa, que continuaba aún indeciso. Para este fin, fué enviado á Roma, en el mes de Abril, un hombre de tan grandes cualidades como *Jerónimo Morone*. Con elocuentes palabras manifestó éste, que se debía obrar, y obrar ciertamente con energía, si no habían de quedar sin fruto tantos esfuerzos de Julio II en favor de la libertad de Italia, y ponerse en contingencia todo lo que se había obtenido. Morone hizo observar asimismo, que Parma y Plasencia caerían en poder de los franceses si se abandonaba á Maximiliano Sforza. Las ciudades mencionadas habían sido ocupadas en nombre de Milán, después de la muerte de Julio II, por el virrey español de Nápoles, Cardona; y León X no obtuvo la devolución de ellas hasta primeros de Mayo de 1513 (2).

El embajador imperial apoyaba las representaciones de Morone, pintando con los más negros colores el peligro de la preponderancia francesa, que por natural necesidad habría de resultar de la conquista de Lombardía. Morone insistía incesantemente, en que sólo el Papa podía prestar auxilio, porque con España ya no había que contar; que en su poder estaba abrir el tesoro de Julio II, para pagar los salarios á los suizos, y salvar de esta manera á Milán. Un antiguo enemigo de Francia, el cardenal Schinner, que gozaba por entonces de mucho valimiento con León X (3), ponía ante sus ojos el poder del ejército suizo, y ante todo, la necesidad de conservar la reputación pontificia (4).

León X hubiera de buena gana diferido todavía más su resolución, pero un nuevo agrupamiento de las potencias puso fin á sus dilaciones.

A 5 de Abril de 1513, se firmó en Malinas una Liga Santa entre el emperador Maximiliano y el rey Enrique VIII de Inglaterra, entre cuyos partícipes se nombraba á León X y á Fernando el Católico. Debíase atacar á Francia por cuatro lados y, despe-

(1) Dierauer II, 424.

(2) Sanuto XVI, 49, 58, 68, 72, 129, 179, 223, 225, 259. Regest. Leonis X, n. 2421 hasta 2423. Balan V, 497.

(3) Cf. la relación de P. Falk en el Anz. für schweiz. Gesch. 1892, 375.

(4) Jovius, Hist. XI, 160-161. Sanuto XVI, 188, 191, 216, 217. Miscell. d. stor. Ital. II, 311, 322; III, 28 ss.

dazándola completamente, quitarle la facultad de turbar en adelante la tranquilidad de Europa (1).

Aun después de haberse formado esta poderosa alianza anti-francesa, pareció todavía que León X tomaba por algún tiempo una actitud enteramente neutral; y por más que el embajador imperial y el español le exhortaban á entrar en la Liga de Malinas, no quería con todo eso adherirse todavía descubiertamente (2). Mas la situación de las cosas le apremió irresistiblemente á tomar una resolución: ya el ejército francés invasor estaba acampado al pie de los Alpes, y León X no podía escapar al peligro de quedar enteramente aislado. La manera cómo se resolvió finalmente, es muy significativa para comprender su política.

El historiador Paulo Giovio describe del siguiente modo la actitud de León X en aquel momento importante (3). Aunque el Papa, como suele acontecer á los nuevos soberanos, no había desarrollado todavía su programa político, conoció sin embargo claramente, que había de seguir adelante por el camino que su predecesor había emprendido tras maduras y graves consideraciones. Conforme á esto, debía sostener á todo trance al duque Maximiliano Sforza, á quien Julio II había colocado de nuevo en Milán; asimismo parecía honrosa y útil para la Santa Sede la alianza con los valientes y fieles suizos, que acababan de alcanzar la victoria, y se mostraban defensores de la libertad eclesiástica. Mas aun cuando León X se declaró oficialmente continuador de la política de Julio II, pensó, sin embargo, deber observar en ello una cierta reserva, de suerte que á ninguno ofendiera abiertamente, ni perdiera el título, que tan bien sentaba á un Papa, de mediador de la paz. Así que, sus esfuerzos se dirigieron, por una parte, á procurar que los enemigos de Francia no perdieran el ánimo; pero por otra, procuró evitar asimismo la apariencia de una excesiva aspejeza contra los franceses, poderosos, así por su propia fuerza, como por la alianza con Venecia; principalmente no pudiendo nadie prever de qué manera se desenvolverían los acontecimientos en el teatro de la guerra. Aun cuando Giovio no hace mención de ello, tuvo ciertamente asimismo grande influjo en la actitud de León X, la continuación del cisma en Francia; la cual, si le for-

(1) Dumont IV, 1, 173 ss. Bergenroth II, n. 97. Henne I, 330 ss.

(2) Sanuto XVI, 223, 225, 227, 270, 292, 295, 305.

(3) Jovius loc. cit. 161 y Vita Leonis X, l. 3.

zaba á no abandonar el camino emprendido por su predecesor, por otra parte, la obligación de procurar el restablecimiento de la unidad eclesiástica, le exhortaba á no romper todos los puentes que le unían con Francia.

De estas consideraciones nació la resolución de permanecer en la Liga Santa y prestar los recursos que se requerían para pagar sus salarios á las tropas que estaban al servicio de Milán, con lo cual salvó á esta ciudad. Pero con cuánta solicitud se esforzara, sin embargo, aun entonces el Papa, para no cortarse la esperanza de una inteligencia con los franceses, lo muestra el hecho de haber concedido sólo secretamente aquellos auxilios pecuniarios; y para el caso de que llegaran á ser conocidos (pues oficialmente se negó semejante auxilio), añadióse la cláusula de que 20,000 ducados se habían dado como pensión á personajes conspicuos, y los otros 22,000 para pagar á los suizos sueldos atrasados (1).

La conducta del Papa muestra claramente, cuán de buena gana hubiera tomado aún entonces una actitud expectativa; pero esto no era ya posible. Sin embargo, aunque León X continuó en los acuerdos políticos tomados por su predecesor, no entró, con todo, abiertamente en la nueva alianza antifrancesa, y aun evitó con angustiosa solicitud todo lo que pudiera exasperar demasiado á los franceses y venecianos (2).

En la persuasión de que importaba en primer término obrar con rapidez, habían los franceses comenzado las hostilidades en Mayo, dirigiéndose con 14,000 hombres contra Asti y Alejandría, al propio tiempo que los venecianos se acercaban por el Este. Como los españoles permanecían inactivos, Maximiliano Sforza se vió en el mayor peligro. Encerrado en Novara parecía perdido el Duque, cuando un brillante hecho de armas de los suizos dió á las cosas un nuevo rumbo. Con heroico desprecio de la muerte,

(1) Guicciardini XI, 4. Jovius (Vita Leonis X, l. 3) dice 25000 ducados, Sanuto (XVI, 307-309) sólo 20000. De las relaciones del embajador veneciano tomadas de este autor, se saca que la mudanza negada oficialmente (Sanuto XVI, 331, 354, 367-357, 364) no fué conocida hasta 25 de Mayo. La primera señal que dió León X de que quería permanecer en la Liga, fué la instrucción que dirigió en 19 de Mayo á Bolonia, para que prestasen auxilio á los imperiales de Verona, á la cual en 23 y 31 de Mayo siguiéronse instrucciones semejantes en favor de los españoles é imperiales; v. Regest. Leonis X n. 2726, 2807, 2918. Sobre las pensiones del papa en Suiza v. Wirz, Filonardi 15 s.

(2) Jovius, Vita Leonis X, l. 3. Lettres e Louis XII, IV, 114.

atacaron en campo abierto, cerca de Novara, en la mañana del 6 de Junio de 1513, á las fuerzas superiores de los franceses, y los derrotaron tan completamente, que el resto de los enemigos huyó á Turín, y luego por el camino del Monte Cenis. Las ciudades lombardas tuvieron que comprar entonces con dinero la gracia del Duque, mientras los venecianos se retiraban por el Este. También Génova se perdió para el partido francés, pues los Adorni abandonaron voluntariamente la ciudad, donde fué elegido Dux Octaviano Fregoso, amigo de León X (1).

Cuando en la tarde del 10 de Junio, llegó á Roma la primera noticia de la batalla de Novara, se entregaron al júbilo todos los enemigos de Francia: encendiéronse alegres fogatas y resonó en las calles la aclamación: «¡Julio II!» (2) El cardenal Schinner mandó echar al vuelo las campanas de su iglesia titular (3); pero no se oye hablar á nadie de que el Papa hiciera solemnizar aquella victoria (4). Aun cuando uno de los más influyentes consejeros del Papa, Bernardo Bibbiena, se puso entonces enteramente al lado del partido antifrancés (5), y éste empleó todos los medios para atraer á sí al Jefe supremo de la Iglesia, perseveró León X al principio en su actitud expectante y más bien neutral. El embajador imperial pedía auxilio para humillar á Venecia, y Enrique VIII llegaba hasta expresar el deseo de que León X entrara en la alianza anglo-imperial é interviniese con su ejército á la parte de acá de los Alpes (6). El Papa declaró, por el contrario, que, en su posición de Padre de la Cristiandad, debía abstenerse de abrazar abierta-

(1) Jovius, Hist. XI, 167. Guicciardini XI, 5. Sobre la batalla de Novara, v. Gisi 108 y Dierauer II, 428 s., donde hay una buena colección de relaciones sobre la memorable batalla.

(2) Esto lo cuenta expresamente Gabbioneta en un \*Despacho, fechado en Roma á 10 de Junio de 1513. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Sanuto XVI, 369, 384.

(3) Stettler I, 491.

(4) Las «brillantes fiestas» del Papa, de que habla Gregorovius (VIII, 179), existieron solamente en la rica fantasía de este autor. Si se hubiesen celebrado, á buen seguro que Paris de Grassis, grande enemigo de los franceses, las habría mencionado. El \*Diario de un francés residente en Roma, que se halla en el Cod. Barb. lat. 3552 (*Biblioteca Vaticana*) no dice nada de tales fiestas. Tampoco dice nada el holandés Cornelio de Fine en sus \*Memorias (*Biblioteca nacional de París*).

(5) Esta importante noticia se halla en una carta de V. Lippomano publicada por Sanuto XVI, 384.

(6) V. las relaciones de Carpi que Ulmann II, 459 ha publicado, tomándolas del archivo de Viena.

mente la causa de un partido, y exhortaba á los vencedores, en sus escritos de congratulación, á la blandura y á la paz, la cual era más necesaria que nunca ante el creciente peligro de los turcos. A todos lados se enviaron conciliadores breves del Papa, el cual, aun cuando no había procedido todavía abiertamente contra Francia, procuró, sin embargo, establecer nuevos contactos con esta nación. El embajador veneciano anunciaba, á 17 de Junio, que el Papa no emprendería cosa alguna hostil contra Venecia, y pensaba más bien en la unión de Italia, á causa del peligro de los turcos; si bien es verdad que la derrota de los franceses le había producido alegría (1). Que esto fuera exacto no puede ponerse en duda, y es muy fácil de entender; pues el humillado rey de Francia se veía entonces necesitado á procurar su reconciliación con Roma y abandonar la causa de los cismáticos.

De hecho, el próximo fruto de la victoria de Novara fué la terminación del cisma, la sumisión de los cardenales rebeldes, y finalmente, la adhesión de Francia al Concilio de Letrán.

Luego que se comenzó la continuación del mencionado Sínodo, había manifestado León X su firme voluntad de poner fin al cisma, no por medio del rigor, sino con toda la blandura posible. Cuando en la sexta sesión del sínodo, celebrada á 27 de Abril de 1513, el Procurador Mario de Perusco, propuso la citación de los prelados ausentes y un procedimiento contra la Pragmática francesa, el Papa difirió la resolución, por miramiento á Luis XII. En la séptima sesión del Concilio, á 17 de Junio, por especial consideración á las razones que habían hecho valer los prelados franceses para excusar su presencia, se aplazó la sesión octava hasta Noviembre; y al propio tiempo declaró solemnemente el Papa, tenía el designio de enviar legados á las Potencias cristianas para el restablecimiento de la paz. En la misma ocasión se había leído ya de antemano, por el secretario del Concilio, una declaración suscrita de propio puño por Bernardino Carvajal y Federico de Sanseverino, que expresamente no se firmaban como cardenales, en la cual condenaban el sínodo de Pisa, reconocían como legítimo el Concilio de Letrán, y pedían se les perdonara (2).

(1) Sanuto XVI, 385, 399. Las cartas á los vencedores se hallan en Bembi epist. III, 1, 2, 3, 4; IV, 1. Cf. Regest. Leonis X n. 3144 y Wirz, Filonardi 17.

(2) Raynald 1513 n. 24, 43. Sanuto XVI, 359 s., 400. Cf. Hefele-Hergenröther VIII, 562, 566 s., 570 s. Guglia, Studien 19. V. también en el apéndice n.º 5, la \*relación de Gabbioneta de 17 de Junio de 1513. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Largas negociaciones (1) habían precedido antes que se alcanzara este resultado. La comisión de cardenales establecida para ello, había remitido la resolución del negocio al Papa, el cual se inclinaba á la benignidad y al perdón, en caso de que los rebeldes confesaran su culpa y solicitaran ser perdonados. Y como ellos estaban dispuestos á hacerlo, casi todo el Sacro Colegio se resolvió porque se les otorgara el perdón. Sólo el cardenal inglés Bainbridge y el suizo Schinner, persistieron en que no se les absolviera, en lo cual los apoyaban los embajadores imperial y español. Por esta parte se traía á la memoria la severidad de Julio II, representando al propio tiempo al Papa, que la reposición de los culpables perjudicaría al prestigio de la Santa Sede y daría un funesto ejemplo para lo futuro. A pesar de esto, León X perseveró en su designio, esperando, no sin razón, aniquilar al cisma antes por medio de la blandura que por el rigor, y reconciliar á Francia. En la última sesión decisiva, Schinner se arrojó á los pies del Papa, y pidió permiso para dejar la Corte romana, porque no quería tener comunión alguna con los rebeldes. El Papa y la mayoría de los cardenales fueron, no obstante, de parecer, que el bien de la Iglesia requería el otorgamiento de la absolución, bien que salvando el honor de la Santa Sede (2). Resolvióse, pues, que los rebeldes entraran en Roma de noche y sin las insignias cardenalicias, se dirigieran en seguida al Vaticano, y á la mañana

(1) Cf. Sanuto XVI, 361, 369; Jovius, Hist. XI, 191; Guicciardini XI, 6; \*Cartas de Gabbioneta, fechadas en Roma á 8 de Mayo y 17 de Junio de 1513. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cuán severo se mantuvo el papa sobre esto, se saca del siguiente pasaje del Diario de Paris de Grassis, el cual falta en Raynald: \*Et simul tandem nos duo consultavimus super ceremoniis agendis in hoc actu, quas omnes voluit quod ego visitans eos nomine S. S<sup>tie</sup> indicarem eisdem scismaticis, qui si ipsi non vellent obedire, quantum ipse eisdem praecepit, nec etiam admitterentur ad gratiam restitutionis et veniae. Itaque exequutus iussa inveni eos duos ad nonnulla faciendá, super quibus pontificem orabant, ut eis aliquantulum deferret et non pateretur ipsos quodammodo vituperari, maxime ut absque birreto rubeo et absque rochetto et absque caputio, quod papaficum vocant, et quod in eo habitu per omnes salas sive aulas palatii pontificalis procederent, et quod non nominarentur scismatici neque heretici in processu legendo; sed huiusmodi petitionibus papa non satisfaciens voluit, quod severe et rigore omnia fierent prout ordinavit, quod si ad verba aliquorum cardinalium attendisset, ipsis nunquam parcere deberet, aut saltem quod ipsi ab ecclesia Lateranensi usque ad palatium per pedes in eo quem dixi habitu venirent, et tandem ipsi quamquam non spontanei, sed quodammodo coacti paruerunt et se omnia facturos promiserunt ut infra dicam. *Archivo secreto pontificio* XII, 23.

siguiente pidieran perdón en consistorio, como simples clérigos (1).

Conforme á esto se procedió á 27 de Junio. Toda la corte pontificia, y gran número de curiosos, se habían reunido para presenciar el desacostumbrado espectáculo (2); lo cual fué una grande humillación para el orgulloso Carvajal: temblaba en todo su cuerpo de pura emoción, según lo refiere un testigo ocular (3). En primer lugar representó el Papa á ambos cardenales su delito con severas palabras, acentuó la necesidad de expiación, y luego les ofreció una fórmula de abjuración del tenor siguiente: «Nosotros, Bernardino Carvajal y Federico de Sanseverino, en otro tiempo ofuscados por la nube del cisma, y ahora alumbrados por la luz de la divina gracia; reconociendo bien los engaños del cisma en que habíamos perseverado, nos hemos resuelto, después de largas y maduras consideraciones; y habiendo, á prevención, renunciado completamente á todas y cualesquiera protestaciones que hasta ahora hubiéramos hecho, ya en secreto ya ante notario y testigos, las cuales queremos que se tengan por insertas aquí en su propio tenor y con todas sus cláusulas, como si palabra por palabra se expresaran; con libre y no forzada voluntad, y no por temor, hallándonos en un lugar enteramente seguro y en completa libertad; con sincero corazón y bajo la dirección de la divina gracia, nos hemos restituido á la unidad de la Sede Apostólica. Y para que esta restitución no se considere como hipócrita y fingida, pedimos humildemente á Vuestra Santidad y al Sagrado Colegio de los Cardenales, perdón de nuestros yerros; y rogamos á Vuestra Santidad que interponga su intercesión por nosotros para con el Dios Altísimo, cuyo lugar Vuestra Santidad en la tierra representa. Prometemos asimismo, y libremente juramos, para el caso que fuéramos nuevamente restituidos en nuestro rango y nuestras dignidades, aun la del cardenalato, y bajo la

(1) V. en el apéndice n.º 5 la \*Carta de Gabbioneta de 17 de Junio de 1513. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(2) \*Itaque hoc ipso mane, quo consistorium fuit, tot gentes tantusque populorum concursus in palatio fuit huius spectaculi videndi causa, ut vix ibidem in tribus aulis et per scalas et per aulas superiores et per cubicula pontificis omnia vix atque aegre caperentur gentes illae, aliquando etiam dubitatum fuit de ruina aularum superiorum prae multitudine turbarum. Paris de Grassis. *Archivo secreto pontificio*, XII, 23.

(3) V. en el apéndice n.º 6 la Carta de \*Gabbioneta de 30 de Junio de 1513. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

obligación de anatema, á Ti, el Papa León X, verdadero é indudable Vicario de Cristo, y por Ti, á San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, que jamás, por ninguna causa ó motivo, y bajo ningún pretexto ó apariencia, volveremos al cisma, del que, por la gracia de nuestro Redentor, hemos sido librados; sino perseveraremos siempre en la unidad de la Santa Iglesia Católica y en verdadera obediencia á Vuestra Santidad, enteramente y en todas las cosas; y en caso de que, por la benignidad de Vuestra Santidad y de los venerables señores cardenales, fuéremos de nuevo recibidos en su número, conviviremos y trataremos con ellos amigable y pacíficamente, sin contención ni escándalo, ni por respeto de lo antes mencionado y pasado, ni por cualquiera otra causa. Juramos, en presencia de Dios Omnipotente, y por estos Santos Evangelios de Dios, que tenemos en nuestras manos, permanecer en la antes mencionada unidad, y observar todas y cada una de las cosas que arriba se han dicho, y se dirán en lo que sigue, so pena de perjurio y otros castigos. Y aunque hace poco, en el documento escrito por nuestra propia mano y leído en el santo Concilio de Letrán, hemos abjurado el mencionado cisma; para mostrar la completa sinceridad de nuestro corazón, anatematizamos todavía en particular y expresamente el conciliábulo de Pisa, su convocación y todas y cada una de las cosas que en él se han tratado; y confesamos, sostenemos y declaramos todo ello por nulo, vacío, caso y sin valor, hecho por personas no autorizadas para ello y por temerario atentado. Sufragamos, por el contrario, al sagrado Concilio de Letrán como el único verdadero concilio, y confesamos haber sido convocado en forma legítima y justa, y por causa legal, y que todas y cada una de las cosas que en general y en especial se trataron en él contra nuestras personas, todas las condenaciones y sentencias que pronunció contra nosotros el Papa Julio, todo lo que se trató y ejecutó contra el conciliábulo de Pisa; se hizo de una manera conveniente, recta, justa y legítima. Esto expresamos, creemos y confesamos sencillamente. Prometemos también tener por buena cualquiera penitencia que Vuestra Santidad nos impusiere por nuestros yerros, aceptarla humilde y gozosamente, y querer ponerla por obra. Queremos asimismo obligarnos, y prometemos de presente y bajo las penas antedichas y castigos impuestos por los sagrados Cánones, que cumpliremos siempre sin quebrantamiento lo que arriba prometimos, y roga-

mos al notario aquí presente, que acerca de todo lo antedicho y de este documento, redacte uno ó varios instrumentos en la forma extensa de la Cámara.»

Luego que Carvajal y San Severino hubieron leído y suscrito esta declaración, pronunció el Papa la fórmula absolutoria, y después siguió, con las correspondientes solemnidades, la nueva recepción de ambos en el Sacro Colegio, y su reposición en sus empleos, en cuanto no habían sido ya otorgados á otros (1). Todos los cardenales, con excepción de Riario, que se hallaba enfermo, y de Bainbridge y Schinner, que persistían en su resistencia, se hallaron presentes á esta ceremonia (2), y en escritos llenos de dignidad se enteró en seguida á todos los Reyes y Príncipes cristianos del importante acaecimiento (3).

León X se acomodó á los deseos de Luis XII, en recibir de nuevo en su gracia á los cardenales rebeldes, pero su actitud política se mudó en aquel mismo tiempo en sentido hostil á los franceses. Hasta entonces había evitado cuidadosamente tomar parte en la guerra de una manera pública; pero en esto se realizó súbitamente una mudanza, que produjo extraordinaria sorpresa en el embajador veneciano (4). Dió ocasión para ello la actitud de Venecia. Después de la derrota de los franceses en Novara, había León X ofrecido su mediación para la paz á aquella República, la cual se hallaba puesta en gran peligro, acompañando su oferta con expresiones de gran benevolencia. Pero Venecia se declaró resueltamente contra toda negociación, si el Emperador no le restituía á Verona y Vicenza. Esta terquedad exasperó al Papa tanto más, cuanto que las tropas venecianas se habían permitido ejecutar saqueos en el distrito de Parma y Plasencia, y la Señoría había

(1) Paris de Grassis en Raynald 1513, n. 45 s. (Falta aquí el siguiente pasaje final: \* Facto actu papa tenuit secum in prandio duos illos cardinales restitutos, qui demum hora XXI ierunt versus urbem cum ingenti pompa quasi ipsi fuerint victores. *Archivo secreto pontificio.*) Cf. Sanuto XVI, 429, 432 s.; Zurita X, 74; Hefele-Hergenröther VIII, 572 s.

(2) De las declaraciones apasionadas de Schinner, que pueden verse en Sanuto XVI, 482, se saca, que este cardenal permaneció irreconciliable. V. también Petrus Martyr, Epist. 125. Ciertamente no sin influjo de Schinner, que por Julio partió para Suiza (Sanuto XVI, 499, 533, 548), mostraron disgusto los suizos por el perdón concedido á los cardenales; v. Abschiede III, 2, 752.

(3) El breve al dux se halla en Sanuto XVI, 479 s. Cf. Regest. Leonis X n. 3373 s.

(4) Cf. la relación de éste de 25 de Junio de 1513, que se halla en Sanuto, XVI, 426.

diferido indecorosamente y contra toda usanza el envío de su embajada de obediencia, no ordenándola hasta que ya ninguna cosa podía esperar de sus aliados los franceses (1). Por estos motivos, creyó León X que no debía guardar ya á Venecia miramiento alguno, cuando el Emperador le pidió urgentísimamente, en Junio, el envío de 200 hombres de tropas auxiliares pontificias, que había de emplear contra la Reina del Adriático. Este requerimiento del Emperador fué en sí mismo muy desagradable para el Papa; pues estorbaba su designio de llegar á una reconciliación con Francia. Pero puesto en el caso de elegir, entre disgustar por semejante pequeñez al Emperador ó á los venecianos, su resolución no podía ser dudosa; y León X otorgó la pretensión del Emperador, pues no quería ser infiel á la alianza ajustada por Julio II con Maximiliano (2). A los venecianos los atemorizó este incidente de una manera particular, porque temían que el Papa se pusiera entonces completamente de parte de sus enemigos. León X aprovechó por su parte esta disposición de ánimo, para obligar á los venecianos á reconciliarse con el Emperador, amenazándoles si no, con hacer enteramente suya la causa de sus adversarios (3). Y para dar todavía mayor eficacia á sus esfuerzos en favor de la paz, envió el Papa á Venecia, á fines de Junio, un Nuncio extraordinario (4), el cual había principalmente de mostrar el peligro de los

(1) Cf. Sanuto XVI 175, 298, 420, 423 s., 481. No se puede asegurar, si llegó á conocimiento del papa el plan que ventilaban los venecianos durante la sede vacante, de arrebatar á la Santa Sede Ravenna y Cervia (Romanin V, 282. Balan V, 498).

(2) Además de Guicciardini XI, 6, cf. Sanuto XVI, 426, 481. El \*breve al duque de Mantua, de que hace mención este autor, fechado en Roma á 23 de Junio de 1513 (en que le dice que procure el paso de sus soldados hacia Verona), lo hallé en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Aquí pertenece también el breve á Alfonso I, fechado en Roma á 24 de Junio de 1513, en que le ruega que envíe al virrey Cardona algunos torments bellicos para la defensa de Verona. El original está en el *Archivo público de Módena*. Cf. Regest. Leonis X n. 3333. También se mostró ahora favorable León X á los esfuerzos bellicosos de Inglaterra. Cf. la carta de 25 de Junio, que trae Raynald 1513, n. 57, la cual con todo, cómo hace notar Ferrajoli (Arch. d. Soc. Rom. XIX 435), non usciva da una approvazione generica.

(3) Sanuto XVI, 428, 429, 450, 475, 481. No faltaron entonces otras señales que indicaban la disposición hostil del papa para con los franceses. Aquí pertenecen las ordenaciones en favor de Enrique VIII, Regest. Leonis X n. 3271-3272, y un incidente en la fiesta de S. Pedro y S. Pablo, que refiere Paris de Grassis, v. Regest. Leonis X p. 201.

(4) Gentile Sindesio, llamado Pindaro; v. Sanuto XVI, 445, 468, 485. Cf. Pieper, Nuntiaturen 48 s.